

## Un poeta representativo

Marquina es el poeta representativo por excelencia. No se aparta un sólo momento de la muchedumbre que lo inspira; y hasta los principios de su filosofía personal tienen su raíz psicológica en el alma de su pueblo. De ahí que surgan dos direcciones fundamentales de su temperamento: la una que recoge y embellece el fondo colectivo, y la otra que dogmatiza políticamente y tiene proyecciones sociales. Marquina es, como todos los poetas representativos, un propagandista de ideas y un cantor de muchedumbres. Y si sus ideas no alcanzan, como en Guerra Junqueiro, a la expresión de un sectarismo revolucionario, es, simplemente, porque el espíritu de Marquina, singularmente sensible y extraordinariamente exquisito, no puede llegar al extremo épico, como tampoco podría manifestar una exagerada delicadeza subjetiva (1).

Desde "Odas" hasta "El rey trovador" y "Por los pecados del Rey"—exceptuando "Benvenuto Cellini" y algunas otras producciones teatrales que significan una momentánea desviación de su espíritu—la labor de Marquina se ha concretado a poner en versos impecables las emociones colectivas y las grandes pasiones del pueblo hidalgo.—Veremos más adelante, cómo el heroísmo—en su acepción de justicia y de arrojo—vive en sus dramas y cómo el cansancio de la raza se refleja en sus églogas.

"Las hijas del Cid", premiada por la Real Academia Española; "Doña María La Brava"; "En Flandes se ha puesto el Sol", premiado por la Academia; "La Alcaldesa de Pastрана"; "El Rey Trovador"; "Por los pecados del Rey", son las producciones de Marquina que mayor difusión han alcanzado. "El Pastor", poema dramático; "Benvenuto Cellini", biografía dramática; "Cuando florezcan los rosales..." y "La hiedra", se conceptúan como sus obras más imperfectas.

"Odas", "Las Vendimias", "Églogas", "Elegías", "Ven-

dimión" y "Canciones del momento"; forman un cuerpo aparte de poesía, todo él de acuerdo con las características del poeta, que se ha propuesto culminar un programa a la vez épico y familiar: enaltecer y reverdecer el pasado, y fortalecer la familia, como energía conservadora de las virtudes ciudadanas.

Marquina ha abarcado la historia de España de una sola mirada. Movido por la fuerza intensa de las grandes figuras castellanas, seducido por el gesto y arrebatado por la piedad, por el heroísmo, por la nobleza que ellas descubren; enamorado de sus conquistas y de sus anhelos de culminación espiritual, sólo aprecia los sentimientos cardinales, lo que ruge o lo que calla; comprende el sacrificio cuando salta a la vista y admira el valor que irrumpe en acometidas de leyenda. Quiere dar forma a lo que vé con sus ojos; a lo que siente hondamente y cobra en su sensibilidad contornos épicos. Reproducir magnificando es su obra; magnificar lo que vé es su manera de ver. En dos trazos construye un personaje y, en vez de analizarlo, lo destila. No se guarda de la realidad histórica, sino de la belleza objetiva y subjetiva que presenta su héroe, como en "Por los pecados del Rey", o su símbolo, como "En Flandes se ha puesto el Sol".

Por eso he dicho que Marquina no podría llegar jamás a los desplantes de un revolucionarismo arrebatado. Vive pendiente de las cosas pasadas; ama demasiado el recuerdo de sus mayores, para que pretenda destruir una organización política dentro de la cual se han realizado los esfuerzos más heroicos y se han obtenido las glorias más hermosas.

De tal modo se ha identificado Marquina con el alma ancestral, que su filosofía práctica radica, precisamente, en el aprovechamiento de las calidades de sus antepasados, cuyo ejemplo él desearía ver prolongado en el futuro. Sólo recogiendo y practicando las virtudes que fueron altísimo blasón de Castilla, se podrá edificar la España del futuro. Y todas sus campañas y todas sus producciones se orientan y se orientarán en lo venidero en el sentido de inculcar en el ánimo público la necesidad de imitar el heroísmo y la nobleza de los conquistadores.

He ahí una emoción histórica que se traduce en un programa político.

"A la nueva vida de los héroes muertos con amor y dolor

para conmoción y salud de la Vieja Castilla y a la intención de la patria futura, dedico este canto”, dice al frente de “Las hijas del Cid”. Y es, ciertamente, este drama para las edades futuras; más aún: es este drama la expresión de las ideas que el poeta desea agitar en su pueblo para que el mismo pueblo las prolongue en el futuro.

Desde luego España atraviesa en el presente por una situación anormal, propia de los pueblos que han vivido una vida agitada y heroica.

Los escritores españoles coinciden en la urgencia de reformar las instituciones y robustecer y orientar el alma colectiva, como el único medio de evitar, según ellos, la catástrofe que, desde el 98, se viene insinuando con caracteres alarmantes.

El “problema de España” y la solución de este problema han sido motivo de las más formidables controversias. Para Unamuno la solución radica en lo que yo llamaría “la conciencia de la raza”; para Costa en la moralidad administrativa y en la renovación del Derecho actual; para Ganivet en la tolerancia y en la concordia; para Azosun en la “revisión de los clásicos” que conduciría a la conciencia de la raza. . Cada escritor ha levantado su edificio personal, lo cual, si bien pone de relieve una gran anarquía en las ideas, manifiesta, por otra parte, la unanimidad de pareceres respecto a la urgencia de solucionar cuanto antes lo que ellos han dado en llamar “el problema de la España moderna” (2).

Sea o no fundado el temor que abrigan los pensadores españoles, lo cierto es que Marquina se ha dejado impresionar por una campaña tan árdua y consecvente, y movido por el legítimo deseo de que nuevos y gloriosos días viva su patria y por la naturaleza de su espíritu, que ama el heroísmo en sus manifestaciones absolutas, el poeta ha realizado en su obra dramática el esfuerzo que, según él, las circunstancias requieren.

Lo ha hecho con amor y con fé; “porque este hombre es todo fé”, ha dicho Gómez Carrillo. En verdad, es todo fé. Fé en el Amor, en la Verdad, en la Justicia, en el Pueblo, en la Piedad y en la Familia. En “María La Brava” exalta la justicia; en “La Alcaldesa de Pastrana” la humildad; “En Flandes se ha puesto el Sol”, la raza; en “Elegías”, la familia; en “Canciones del momento”, el civismo. Ha tocado los sentimientos

que vibran en estas palabras generales; estas fuerzas que clasificarían de metafísicas los sociólogos contemporáneos, pero que no por eso han dejado de constituir en otras edades la energía directriz del espíritu colectivo.

Pero lo que hiere más hondamente la sensibilidad del poeta, es Castilla; Castilla antes que nada; Castilla que es el baluarte de la raza y que guarda el secreto de una futura cosecha nacional, de una triunfadora germinación hispana.

¡No! Castilla serena, dominadora, recia;  
pueblo inflexible, pueblo que triunfa y que desprecia;  
tú, que sentiste en la preñez de tu coraza,  
el prematuro impulso de un corazón de raza;

tú, Castilla central, de los secos ardores,  
de la energía enjuta, de la tierra sin flores,  
del ideal sentido como un dolor, del pasmus  
místico que deriva raudales de ensusiasmo,

no desmientas la ley de tu estirpe; revive  
tu odio, el que te hizo grande, deja que en él se avive  
la llama singular de tu destino; grita  
atávicas iras a la raza maldita.

Y luego en el envío:

¡Antes ser que morir!... Lira mía, tu acento  
del áspero camino no se aparte un momento;  
deja a la sabia Europa que sabias sendas trace,  
y habla una lengua nueva a una España que nace (3).

En otras estrofas vuelve a solicitar de su pueblo una decidida cooperación en la grande obra venidera, y para ello encuentra estas palabras que resumen sus creencias sociales:

No rechaces, cobarde, con la mano  
la misión que te ha sido confiada;  
pueblo: mira que es ella como espada  
y tu puño ha nacido castellano.

En "Estrofas votivas" de "Canciones del momento" vuelve a manifestar estos superiores anhelos de heroicas empresas y reclama para él el honor de cantarlas, uniendo en un solo canto el fuego de la raza y el laurel de futuras conquistas. Y en un arranque magnífico habla a su hijo, en quien vé al ciudadano forjado en molde griego:

Tú, que te harás con tus manos tu suerte;  
tú, que ya recio te plantas, al verte  
bajo aquel arco triunfal de la plaza,  
maldíceme, si llego a la muerte  
sin entonar un canto de raza.

Toda su obra es un canto de raza. "A la vieja idea de justicia, exaltación, pasión y blasón de nuestros nobles y de nuestros plebeyos que ha engendrado, engrandecido, fijado y perpetuado la raza castellana", dedica los cantos de "Doña María La Brava".

El capitán Diego Acuña, arquetipo del individualismo castellano, en la celeberrima escena final del segundo acto de "En Flandes se ha puesto el Sol", después de "obedecer pero no cumplir" el rescripto del príncipe Alberto, se inclina cortesanamente y dando al viento las plumas de su sombrero, que figuran la llamarada del romance,

España y yo somos así, señora.

dice con ingénito donaire, como si quisiera cristalizar en un ademán heroico el alma bravía, generosa y singularmente contradictoria de su pueblo.

Este personaje—símbolo y síntesis según el anhelo que lo creara—ha sido objeto de rudos ataques. Sin embargo, tengo para mí que Diego Acuña, con todos sus defectos, más intuído que analizado, es una figura históricamente verdadera y políticamente eficaz.

Hable de su realismo toda la epopeya castellana, en la cual la unidad del guerrero es absoluta, hasta el extremo de que para encontrar la masa genuinamente colectiva, fuera preciso recurrir a las conmociones internas y no a las empresas de dominio.

Don Diego Acuña es un "segundón de casa grande", como el mismo lo dice. Nacido hidalgo y acometedor, quijotesco como héroe de caballerías, igual a todos los de su raza, hubiera venido a las Américas con Pizarro o con Balboa; hubiérase dejado matar en las cruzadas, o, simple curial, hubiera escrito versos amorios o cobrado alcábalas en las poblaciones de Castilla.

Don Diego Acuña es el compendio de los hombres de su raza, no porque él los sintetise a todos, sino porque es igual que todos. Y este Diego Acuña es Castilla que, derrotada en Flandes, tiene aun la energía suficiente para imponer a los vencedores el espíritu bizarro de su raza.

En "Doña María La Brava", castilla surge otra vez haciendo flamear sus viejos ideales de justicia. Doña María López de Guzmán es, a mi juicio, el personaje más completo de los creado por Marquina.

En "La Alcaidesa de Pastrana", aparece, nimbada de resplendor aureo, Santa Teresa de Jesús, con su humildad, con su firmeza de carácter y con su gran alma llena de amor y sacrificio.

En "Por los pecados del Rey", la figura misteriosa, convencional y rígida de Felipe IV, atraviesa trágicamente. El poeta, atraído por la sugestión de aquella figura indescifrable y honda, ha bordado una trama en la que María del Caudado ofrece el espectáculo de una hembra de Castilla, recia y fuerte, y el rey la agonía moral de un espíritu silencioso y hurraño.

Las estrofas que van a continuación dan la clave del motivo inspirador de la obra:

#### FELIPE IV

De sombra el paso, a que no deje huella,  
el alma vaga en la actitud vacía,  
y por que nada se refleje en ella,  
rota, hacia el fondo, la mirada fría.

Don Diego le pintó. Graciosamente  
fijó el empaque del ruidado porte,  
y hechó sobre el enigma de su frente  
su melena sutil de oro del Norte.

Extrañolé, acabando, en el reposo,  
lo cansado que el rey aparecía;  
y quiso averiguar qué miraría  
de aquel modo tan grave y doloroso.

Por si algo descubría,  
siguió la dirección de su mirada;  
volvió el rostro Don Diego y no vió nada;  
la tragedia del rey no se veía.

En "El Rey Trovador", se aleja de sus preocupaciones castellanas y renueva los dúctiles y delicados metros provenzales.

En "Las hijas del Cid" desarrolla el episodio del desgraciado casamiento de Doña Sol y Doña Elvira, con los infantes de Carrión, relatado en el Poema. La formidable silueta de Rodrigo está diseñada con mano maestra (4).

El héroe se nos aparece en su vida familiar, acompañado de Ximena, el personaje femenino más cariñosamente diseñado por Marquina.

En definitiva, la obra dramática del poeta toca todas las cumbres del sentimiento castellano. Las fuerzas directrices de la raza, el honor, la justicia, el heroísmo, la nobleza... cobran en sus producciones la vibración y el ardimiento originarios, y se derraman, como un manto magnífico, sobre las debilidades del espíritu moderno.

Se ha dicho alguna vez que España tiene su patriotismo pendiente del pasado y que América se mueve en virtud de una ilimitada confianza en su porvenir.

El alma española vive—en lo que a su sentimentalismo se refiere en el siglo XV. Pero es una admiración estática, que no se resuelve en movimientos de progreso.

Y Marquina, que traduce en sus dramas esta situación colectiva, quiere además que la admiración se solucione en vigor, en entusiasmo y en belleza.

El pasado no sólo ha de proporcionarnos la emoción de heroísmo que contiene, sino también ha de empujarnos a crear una patria digna de las empresas que supo realizar en otras edades.

España, después de un dilatado ciclo histórico se siente como fatigada de su propio esfuerzo y únicamente tiene ánimos.

para recordar, y Marquina, con su acción dramática, procura que el recuerdo eleva el espíritu castellano y lo lleve a la prosecución de nuevas conquistas.

Tal es el poeta: representativo y luchador; encarna las ideas sociales de su pueblo y lucha por el advenimiento de una nueva patria. No sólo interpreta y distiende la trama común, sino que también pone, al margen de los sentimientos unánimes, sus anhelos de Patria, sus gallardías de hombre nuevo y su aírón encendido de poeta. Para él, la poesía no debe limitarse a embellecerlo todo; ha de procurar, además, engrandecerlo todo. La belleza ha de conmover los corazones, ha de exaltar las virtudes y ha de abrir nuevos horizontes a la vida y al trabajo.

*Nicolás Coronado.*

(1) La obra dramática de Marquina se aparta frecuentemente de la épica clásica y descubre una marcada tendencia lírica, que se manifiesta con caracteres evidentes en "El Rey Trovador", "En Flandes se ha puesto el sol" y en "La Alcaldesa de Pastrana".

Esta orientación dramática de Marquina ha dado margen a los críticos españoles para recordar las manifestaciones épicas de la dramaturgia del siglo diez y nueve y poner de relieve que el teatro español contemporáneo no cuenta con un verdadero poeta épico.

Entre nosotros, con motivo del estreno de "El retablo de Agrellano", uno de los críticos más apreciados del público porteño, declaró que Marquina es un poeta lírico cuyas producciones se alejan de las reglas que presiden la versificación dramática.

Sin que desee terciar en el estudio de tan difícil como apasionador problema literario, me limitaré a indicar que tal vez estas opiniones se resolverían en una sola si fuera posible determinar las condiciones en que el poeta realiza su labor frente a las complejidades de la vida moderna.

Es una regla demasiado general para no ser considerada en todo su valor, esta que ha enunciado el ilustre Menéndez y Pelayo y que me limito a reproducir sin agregar los argumentos que la apoyan: "Es condición inevitable de las epo-



peyas nacidas en edades cultas el tener mucho más de líricas y personales que de épicas y aun el deber al estro lírico la mayor parte de sus peculiares bellezas". (Antología de líricos castellanos. Introdud., pág. XLII).

---

(2) He querido con estas líneas proporcionar a los lectores una idea aproximada de las opiniones emitidas por los ingenios de la península respecto a la necesidad de orientar definitiva y lógicamente el espíritu español. En dos palabras no es posible determinar un movimiento de la trascendencia del que realizan los pensadores hispanos; además ni el espacio de que dispongo, ni mis condiciones intelectuales me permiten, por ahora, considerar más extensamente los diversos aspectos de la cuestión.

Por otra parte, debo dejar constancia de que sólo he recordado la parte sustancial de las ideas emitidas y de los medios que se proponen para su desarrollo. Ganivet, por ejemplo, no sostiene exclusivamente el principio volteriano de la tolerancia. Sus teorizaciones son más vastas y complejas y están contenidas en el "Idearium español", "Conquista del reyno de Maya", etc.

Lo mismo puede decirse del resto de los escritores peninsulares han abordado el estudio de la actual situación de España.

Azorín es el único que puede exceptuarse de las palabras anteriores, pues ha concretado su pensamiento en una fórmula: "la revisión de los clásicos".

El propósito de Azorín ha encontrado una decidida simpatía entre la juventud española. Recientemente un distinguido novelista, Alberto Izúza, en el prólogo a su traducción de un libro de Baviés, ha hecho mención a la urgencia de realizar lo que él denomina "El historial de la raza", deseo evidentemente inspirado en Martínez Ruiz.

---

(3) No se me oculta que las composiciones de Marquina que he seleccionado no son las más brillantes ni las que descubren mejor su valor poético. Pero no es este un trabajo de delecta-

ción literaria, sino un ensayo de crítica, para cuyo éxito me ha sido imprescindible recurrir a los trozos que menciono.

(4) Refiriéndose a "Las hijas del Cid", dice Menéndez Pidal:

"Du plus profond de l'oeuvre se degage une poesie á la fois familiere et tragique, que l'emploi d'un metre nouveau, quaiqu'encore mal epuré, nuet en pleind valeur.

Une des merites de Marquina c'est d'avoir été le premier dramaturgue que ait puisé son inspiration directement dans le vieux Poeme de Mon Cid". (L'epopée castillane, pág. 282).

(Notas del Autor).

---

## GALERÍA DE PROFESORES



DR. ANTONIO DELLEPIANE